

LA FUENTE DE LOS CAÑOS

Era jueves por la tarde y como de costumbre fui corriendo a casa de mi abuela para comer roscos; ya que los jueves son los días de roscos por excelencia. Pero aquel día había algo más, sentía un profundo cosquilleo en el pecho que me producía gran alegría y emoción de llegar por fin a casa.

Toqué la puerta con ansia y esperé unos breves segundos a que mi abuela abriera la puerta antigua de madera, que chirrió al abrirse de un tirón. Nada más abrir la puerta me eché a los brazos de mi abuela con una sonrisa de oreja a oreja; siempre me ha alegrado ver a mi abuelita sonriente, sobretodo después de haber cocinado unos roscos deliciosos, cuyo olor ya se adentraba en mis fosas nasales.

De repente mi sonrisa desapareció de la nada, porque recordé la triste noticia que venía a darle. Al verme tan apenada, mi abuela soltó preocupada:

-¿Qué ocurre Clara? Te noto un poco triste.

- Nada abuela, es sólo que hoy en el colegio me han dicho que van a demoler la fuente de los caños del pueblo, esa de la que tanto me hablabas, y estaba triste porque siempre ha sido un símbolo de la historia del pueblo.

- ¡Ah, nieta mía! Qué le vamos a hacer si no saben lo que hacen, esa fuente ha sido muy importante en nuestras vidas.

-Abuela, quiero saberlo todo, quiero elaborar un informe para demostrar lo importante que ha sido, y así conseguir evitar su demolición.

-Está bien, pero recuerda que esta historia se remonta hace muchos años, cuando yo era una jovencita, un poco mayor que tú nada más, unos 17 añitos, ¿qué digo? Desde antes de que yo naciera estaba esa fuente en funcionamiento y era un eslabón fundamental en la economía del pueblo, pero no sólo de este, sino que también la usaban las gentes de pueblos vecinos, que los pobres no disponían de un privilegio tal como era la fuente en aquella época.

Recuerdo con claridad que todos los fines de semana íbamos con los cestos de esparto llenos hasta arriba de harapos, parecía que viviéramos como reyes pero lo cierto es que cada uno disponíamos de 2 o 3 ropajes, no más, pero éramos muchos en la familia y por eso el montón de ropa ocupaba más espacio yo, cuya cabecita apenas asomaba por aquella gran montaña de ropa, un poco agujereada para ser sinceros. El caso es que nuestra rutina consistía en ir cada fin de semana, mi madre y mis hermanas que en paz descansan y yo, a lavar la ropa para la semana que entraba.

Lavar la ropa antaño era casi un tipo de arte, porque sólo lo podían hacer aquellos que tenían suficientes ardiles, los que no, se quedaban con la ropa sucia o alguien lo hacía por ellos. Nos llevábamos los jabones, caseros por supuesto (de lo mejor que hay), y unas tablillas especiales para restregar la ropa. Lo mismo te tirabas allí una hora haciendo la colada; porque consistía en frotar la ropa mojada e impregnada de jabón en las tablillas anteriormente mencionadas, para sacar toda la porquería que llevaban encima de estar toda la semana dando vueltas. y primero había que frotar para sacar la suciedad, y después para deshacerse del jabón restante.

Pues total, te voy a contar una anécdota que me ocurrió allí mismo, y que acabó siendo una pieza clave en mi futuro, algo de lo que nunca me arrepentiré. Un día mi madre y mis hermanas tenían que recoger los frutos porque estábamos en temporada alta, así que me ordenaron que hiciera yo sola la colada; madre mía, se me vino el mundo encima, yo toda la tarde allí lavando la ropa sin ningún tipo de ayuda, iba a terminar muy tarde, y seguro que me perdería la cena. No me quedé otra que obedecer y a ello me dispuse.

Cuando llevaba cosa de media hora fregando se acerca un jovencuelo de mi edad más o menos, 1 añito más. No podía creer lo que veían mis ojos: el joven se estaba agachando para beber del agua de la fuente, yo hice una mueca de asco, porque a saber lo que llevaría ese agua de suciedad y de jabón. Por lo tanto yo le pregunté: "¿pero qué estás haciendo?"; a lo que él me contestó: "Seguro que no te has parado a pensar que no todo el mundo es tan afortunado como tú, hay gente que no se puede permitir ni siquiera comprar agua en el pueblo". Me quedé parada unos segundos, vacilante, y cuando levanté la mirada vi a un hermoso joven del que me quedé prendada: tu abuelo.

A partir de ese momento, nos veíamos casi todos los días, por la noche en la fuente de los caños, cuando conseguía escaparme por la ventana después de la cena, normalmente cuando todos ya estaban dormidos. Se convirtió en mi compañero con el que poder compartir mis pesares, así como mis alegrías, y poder pasar buenos ratos.

Un día todo el mundo estaba reunido en la plaza del pueblo, y nos acercamos él y yo para ver qué ocurría con tanto revuelo. Anunciaron fielmente que el agua que traían los mercaderes al pueblo había sido recientemente contaminada, y que por tanto, no podíamos consumirla hasta pasado un mes, porque de lo contrario enfermaríamos y , en el peor de los casos moriríamos. Al enterarme de esta terrible noticia me pregunté qué agua íbamos a beber en su lugar; y de repente se me vino a la mente al gua de la fuente de los caños, por muy repugnante que sonara.

Esa misma tarde sentía la garganta tan seca que decidí que ya era hora de afrontar lo que me había cuestionado desde esa mañana. Fui a los caños con tu abuelo, y de repente dije: "no puedo hacerlo"; tu abuelo dijo: "vamos, no pasa nada, yo estoy acostumbrado y de verdad que no está tan mal".

Entonces, decidida le pegué un trago a ese agua asquerosa, que sabía a alcantarilla, pero que al menos era potable. Así subsistió el pueblo durante ese horrible mes, después de aquello el agua de los mercaderes fue como un manjar para nosotros, pero debemos aceptar que si no fuera por aquella fuente; no habríamos sobrevivido o hubiéramos tenido que mudarnos, cuando no disponíamos de tales recursos para ello.

-Abuela, entonces, ¿la fuente os salvó la vida?

-Se podría decir que sí, Clara.

-¡Anda! Pues ya tengo más que razón suficiente para mi informe, ¡muchas gracias abuela!

-De nada querida.

Y así conseguí que la fuente de los caños siga en pie hoy en día, ya que su función fue muy importante para la población.

Alba de Muñoz.